

## Del bosque

*Joselo G. Ramos*

Había terminado de escribir la nota para el hombre que, además de alimentar a los perros, trae del pueblo la despensa y los periódicos. Cuando subí a mi habitación no olvidé pasar los ojos por la ventana — que está ahí para iluminar el paso durante el trayecto en los escalones —, y asegurarme de que siguiera la tensión en la cuerda.

Como era costumbre, él iba a llegar caída la noche, cuando los perros, en dos patas, jadeaban frente a las ventanillas de la cocineta. Yo no quiero salir de casa, solo me permito ver los árboles oscuros detrás de los cristales, las fotos y palabras en los diarios. Ni siquiera el hombre puede tener del todo un contacto personal conmigo; aunque tiene llave de la casa, respeta mi condición. Se limita a dar unos pasos dentro, deja bolsas, paquetes y sale para calmar el hambre de los perros.

Escuché los ladridos y supe que había llegado. Me escondí en la penumbra del segundo piso, lo observé entrar y dejar mis víveres, de una mesa tomó la nota donde indiqué los siguientes pedidos, echó un vistazo a su alrededor y salió. No lo volveré a ver sino hasta la próxima semana.

Bajé en silencio para hurgar en las bolsas. Todo estaba en orden: pan, apio, tomates, queso, dos botellas de leche, carne de res, una botella de ron, tabaco, el paquete de periódicos y una postal de algún lugar del mundo. Tal vez, por cuestión de lástima, siempre trae cosas que yo no indico en los recados. En esta ocasión trajo un frasco de perfume, otro disco de acetato y una bolsita con unos gramos de cocaína. Recuerdo que hace meses trajo un televisor, un tocadiscos y hasta una revista pornográfica. Hice pedazos el televisor y la revista; solo porque me recuerda a mi infancia, conservé el tocadiscos pero no lo he usado; suelo arrojar los discos para que terminen colgando en las ramas de algún pino.

Luego de un pesado silencio, escuché rugir su furgoneta. Poco a poco se fue alejando el ruido e imaginé a los perros abandonar los platos de comida para correr hasta el borde de la cerca y verlo marcharse. También quería salir, pero no deseaba pasar otra vez por la ventana y voltear a ver la tensión de la cuerda que, en ocasiones, el viento balancea y hace rechinar. Solo espero a que la lluvia, el calor, el frío o la futura debilidad de la rama me obliguen a tocarla, tal vez a usar una nueva cuerda para no perder la costumbre en seguir con la evidencia de su largo cuerpo. Sé que es más probable una decapitación pero, en este caso, el hombre, sin preguntarlo, tomaría una

pala para hacer lo que me sugirió aquel día en que lo conocí, cuando acordamos que él se quedara con el resto de mi pensión mensual siempre que alimentara a mis perros y me trajera lo necesario para vivir alejado del pueblo.

Apenas esta mañana descubrí su nota, escondida, como con vergüenza, en el paquete de periódicos: *Estimado Señor, mi suegra falleció. Mi esposa me ha perdido viajar a la ciudad para acudir al sepelio y yo quiero estar seguro de que no me hayan mentido. Si dependiera de mí, velaría el cuerpo como usted lo hace. Faltaré dos semanas, ni más ni menos. Por lo pronto, espero todo salga bien en mi ausencia. Antes de marcharme le traeré provisiones suficientes y me las arreglaré para que los perros coman sin que usted tenga que salir a alimentarlos. Disculpe el abandono, pero es necesario.*

No podía negarle el permiso. Un hombre joven y con familia tiene otras responsabilidades. Nunca ha fallado en mis indicaciones y ha guardado, respetuoso, mi secreto. Recuerdo que hablamos una sola vez, nunca me juzgó, como lo hicieron otros sujetos del pueblo. Fue el único en mostrarse interesado y solo dijo que no era común lo que yo hacía. Pero nunca me amenazó con llamar a las autoridades, ni en cerrarme en un asilo o un manicomio.

Llegó tres días antes de lo pensado. Escuché el ruidoso motor de su camioneta y el ajetreo de los perros. Subí a esconderme en mi habitación, no quería verlo. Era muy probable que haya vuelto agitado por las emociones del sepelio, el olor a muerto y el fastidio de una esposa inconsolable. Me fastidiaba la idea de darle el pésame, improvisar un sermón motivacional y jugar a la tanatología porque vivo cercano a la muerte.

Aún no había escrito la nota para los siguientes encargos, así que la escribí rápidamente para evitarlo. Cuando pisé el primer escalón, él ya estaba soltando las bolsas y paquetes en el suelo; de inmediato retrocedí. Antes de lograr esconderme en la penumbra, comenzó a gimotear y segundos después destrabó un llanto suave. No pude dejarlo así, me había ayudado bastante como para responderle de esta manera.

—Ve por un vaso de agua, si quieres. No te ves muy bien.

El sujeto me vio atónito, creo que un nudo en su garganta o la impresión de haberme escuchado retardó su respuesta.

—Gracias, señor. No quiero causarle molestias, iré con los perros.

Metió las manos a su chaqueta, luego me dio la espalda como para dirigirse a la puerta. Todo lo hacía con lentitud, sabía que quería pedirme algo, si en realidad deseaba evitarme molestias no habría entrado a lloriquear en mi vestíbulo.

—No sé qué tengas, pero si de algo te sirve, puedo dejar esta casa a tu nombre, el día que muera será toda tuya.

Noté su vergüenza cuando sacó una de sus manos metidas en la chaqueta para secarse las lágrimas.

—Señor, quiero confesarle algo y debe prometerme que no me verá con malos ojos, así como yo no lo hice con usted —seguí en silencio para dejarlo hablar—. Verá, ya le había dicho de la muerte de mi suegra. Pues el velorio fue un desastre. Toda la familia estaba inconsolable. Tuvieron que enterrar un ataúd lleno de ropa y otras pertenencias de la anciana... Señor, yo la odiaba, la odiaba tanto, no dejaba de meterse en mi vida, ella me obligó a casarme con su hija solo porque la había desvirgado, soy tan infeliz con esa mujer. Señor, yo la envenené. Tengo su cuerpo en la caja de mi camioneta. Por favor ayúdeme, no quiero ir a la cárcel.

Dejé las palabras para otra ocasión, después de mucho tiempo tuve el coraje para salir. El hombre me siguió, llegué a la camioneta, ahí vi el angosto cuerpo, dentro de una bolsa de plástico negro.

Bajamos el cadáver y lo sacamos de la bolsa. Él se llevó las manos a la nariz, yo tampoco soportaba el hedor, pero ya estaba un poco acostumbrado. En seguida echamos a la anciana en una carretilla, cogí una pala y caminamos hasta cierta profundidad del bosque. Comencé a cavar, él me veía nervioso, solo estaba de pie, sudando más que yo. De su overol sacó una cuerda, volteó a verme y dejé de cavar.



—Señor, se supone que ya la enterramos, ya se despidió de su familia. Preferiría que la colgáramos, así como lo hizo usted con su esposa.

Aunque me encolerizó el comentario, preferí ignorarlo. Le arrebaté la cuerda para hacer lo que me había pedido: atarla en el cuello de la mujer, hacer un fuerte nudo, encontrar una buena rama y jalar la cuerda hasta que los pies flotaran a unos metros del suelo.

Durante un par de semanas lo noté muy agradecido, incluso demasiado tranquilo. Me dijo que nadie sospecharía si es que alguien llegase a ver el cuerpo. Aunque ya tenía dos cadáveres colgando: el de mi esposa a un lado de mi casa y el de la suegra de mi ayudante en el mismo bosque.

Le prohibí tajantemente traer a alguien, le pedí que se comportara como siempre lo hacía. Por ningún motivo deseaba terminar preso, no quería pasar los últimos días de mi vida en una celda. Ellos nunca entenderán por qué decidí colgar el cuerpo de mi amada, no entenderán lo que sufría. Le prome-

tí que no iba a dejarla encerrada en un cajón. Ella preferiría quedarse afuera, sintiendo el aire, la lluvia, el frío, escuchando el viento rozar por las ramas de los árboles. Preferiría ser picoteada por cuervos o rumiada por ardillas. Yo me sentía más tranquilo al ver su pudrimiento, cómo poco a poco la ropa se iba notando holgada.

Esta vez no solo escuché el motor de su camioneta, sino que, de inmediato, percibí el sonido de otro vehículo. Sin titubeos, me asomé por la ventana, vi al hombre dirigiéndose hacia su acompañante, que bajaba de una patrulla. Corrí hasta mi habitación, entré en una escotilla bajo la cama, me puse en cuclillas, temblando de horror y de rabia.

Pensé en salir con escopeta en mano para vengarme de ese maldito traidor y atacar a la policía que venía a arrestarme. Los perros empezaron a ladrar; luego escuché el golpeteo de los zapatos que se dirigían con prisa hacia la alcoba. Mientras tanto, me cubría la nariz y boca para que no descubrieran mi respiración. Cesaron los pasos, pero escuché al hombre decir algo en voz

baja. Seguí en el más rígido silencio posible hasta que los pasos se dirigieron a otra habitación.

De ninguna manera podía permanecer oculto en la escotilla. Comenzaba a dolerme la espalda y no iba a aguantar otro minuto. Aproveché que ellos estaban en otro cuarto para salir en silencio y tomar la escopeta, no tenía otra opción: me arrastré por debajo de la cama, del cajón en uno de los guardarropas saqué el arma, manoteé entre algunas prendas para encontrar las municiones, justo cuando encontré una, alguien me tomó del hombro. El tacto fue amistoso, la senil adrenalina se apaciguó de inmediato, aunque el policía se alarmó.

—Te lo dije, este anciano piensa en matarnos.

No moví un solo dedo. Dándoles la espalda, me quedé agachado con la escopeta entre mis piernas y una bala en el puño derecho.

—Señor, por favor guarde eso, no vamos a hacerle daño.

Seguí en mi posición, respirando hondo para calmarme; sentía venir un infarto.

—¿Se encuentra bien, señor?

Terminamos en la sala, bebiendo café. Hablamos lo que teníamos que hablar. Entonces, manos a la obra: otro cuerpo, ahora en la cajuela de la patrulla. Porque al oficial se le había pasado la mano, las mejillas esta-

ban gruesas y moreteadas, el brazo izquierdo por completo torcido apuntaba siempre hacia atrás, las encías sangrientas, sin varios dientes y los párpados tan hinchados que apenas se asomaban las pestañas.

No fue difícil atar la cuerda al cuello. Usamos un pino cercano al de la suegra de mi ayudante. Con la fuerza de tres hombres logramos subir el cadáver casi hasta la punta, sería imposible notarlo a primera vista.

—Él guardará nuestro secreto, señor; ahora la policía es su cómplice, puede estar tranquilo.

Le tomé la palabra; me encontraba más sereno y las posibilidades de terminar preso se disminuían con este nuevo suicida.

Se despidieron de mí, el hombre me sonreía y el oficial miraba desconfiado en dirección al colgante.

Todo estalló cuando un joven de unos 19 años trajo el cuerpo pálido de una mujer: era su novia y había muerto tras una congestión alcohólica. Me contó que no sabía cómo convencerla para acostarse con él, así que optó por embriagarla.

—Parecía que estaba con una muñeca inflable, pero fue hasta hoy en la mañana cuando me di cuenta —lloraba por miedo, no porque la quisiera, pues se tranquilizó en cuanto le dije que la policía estaba de mi lado y nadie lo iba a encarcelar por esto.



Él mismo eligió un árbol y la rama, luego escribió una nota falsa dirigida a la madre de la joven y la guardó en un bolsillo de los pantalones.

No pasaron ni tres días cuando mi mandadero comenzó a venir con frecuencia en compañía de alguien más: colgamos a varios indocumentados, a cuatro ancianos, a un par de niños. Vinieron más policías y colgaron algunos presos. Una mujer trajo el cuerpo de su esposo. El colmo fue cuando un veterinario trajo un perro y cuando los médicos colgaron sus negligencias.

—Diremos que estaban desahuciados y no hallaron mejor remedio que el suicidio.

Hasta el gobernador se presentó ante mí con el cadáver del candidato de su competencia. Lo colgamos frente a muchas personas, que aplaudieron cuando dimos el último jalón a la cuerda. Aquello fue como la inauguración de un cementerio.

En pocas semanas, el bosque estaba repleto de muertos colgando. El olor se volvió insoportable, no podía vivir ahí, rodeado de pestes e infecciones. Pero odiaba más la pérdida de mi privacidad; la gente aparecía a cada momento, fotografiando el cadáver de mi esposa colgada en un pino justo a un lado de mi casa. Constantemente llegaban vehículos de prensa, turistas, además de la infaltable presencia de esos que tenían un nuevo muerto para colgar.

La escena era insoportable: ramas gruesas sosteniendo las cuerdas y las cuerdas la carne. Cientos de aves picando por aquí y por allá, mis perros ladrando a toda hora por las indeseables visitas. Perdí la paciencia cuando un par de cuervos graznando, volando alrededor de mi esposa, se posaron en sus hombros y le picotearon las cuencas. Se tornaban, cínicos, al momento de picarla y graznar.

Sometido por el miedo y el hartazgo, me trepé al árbol para cortar la cuerda. El cuerpo cayó, produciendo un sonido hueco y salpicando alimañas por el suelo. De inmediato tomé una pala y empecé a cavar, debía enterrarla. Me parecía digno mantenerla como ella decidió morir, además le había prometido que no la ocultaría bajo tierra, pero esto ya se había convertido en una locura.

Arrojé el cuerpo al hoyo, empecé a cubrirlo de tierra; de repente escuché, a mis espaldas, el grito histérico de una mujer.

— ¡Ese hombre está enterrando a alguien!

Volteé de reojo, no le di importancia y seguí con mi trabajo. Entonces, se acercó la prensa, filmándome y tomando fotografías. Pronto me vi rodeado de más personas, atraídas por mi reacción, algunas interrumpieron su cuelga de difuntos para acercarse a verme con pala en mano.

— ¿Qué demonios está haciendo? ¡Viejo enfermo! — gritó alguien, notoriamente enfadado.

De un momento a otro, varios murmullos, miradas y muecas de asco me cercaron, juzgándome por no colgar el cadáver.

— ¡La asesinó! — escuché de un hombre entre el tumulto.

Todos empezaron a decir lo mismo; me señalaban. Los insultos no tardaron en llegar. Lo único que se me ocurrió fue entrar a la cabaña y esperar a que todos se fueran, hasta que, de pronto, llegaron corriendo mi mandadero y el policía.

— ¡Señor! ¿Qué está haciendo con su esposa?

El policía no dijo nada, pero actuó sin pensarlo. Sorpresivamente me tomó por la espalda, me ajetreó con rudeza, me estrelló contra un pino y me esposó. Exploté encolerizado, maldiciendo a los verdaderos asesinos que aplaudían y hacían alboroto mientras me llevaban a la patrulla.

Bajo el ruido de aplausos, alboroto, y logré ver por última vez a la cuerda, tirada como una larga serpiente en reposo a un lado de la fosa donde estaba el cuerpo de ella.